

# AMIGO Y ALRECHAS

Organo de F.E.T. y de las J.O.N.S. de Alcalá de Henares y su comarca

Redacción y administración: Delegación local de Propaganda

Año III. - Número 38

Alcalá de Henares, 15 de junio de 1941

Precios de suscripción: Trimestre, 1'50.  
Semestre, 3'00. Año, 6 pesetas.  
Número suelto: 25 céntimos

## Nuestra generación, hacia la unidad

Ha caído en nuestras manos un escrito impreso que contiene unas conclusiones del Requeté Guipuzcoano y Vizcaino—representado con voces auténticas y populares por los oficiales combatientes del mismo—, en el que se revisa la política de la Comunión Tradicionalista, oficialmente unificada en la Falange.

No queremos, naturalmente, traicionar el auténtico fervor español con que está escrito, poniéndonos a subrayar lo que en él se contiene de disconformidad y disidencia dentro del ámbito político, en el que nace y al que se dirige. Nos interesa considerarlo más bien como el manifiesto de un fragmento—quizá aislado y desasistido—de nuestra generación a los otros fragmentos de esa generación, que son, en definitiva, los únicos que pueden entenderlo.

Ante todo, el documento no contradice la explicación que íntimamente nos habíamos dado del hecho poco profundamente normal de que entre las juventudes carlistas y los falangistas no se hubiera producido, no ya un hecho de unificación, sino de identificación plena y absoluta. Y la explicación es la existencia de opuestas significaciones, intenciones y estilos entre la masa juvenil carlista—heroica, desinteresada y pura—y los representantes o titulares políticos de la Comunión. Mucho se ha insistido—y el tiempo va diciendo cuán injustamente—en presentar la camisa azul como un disfraz de rojos; era por demás interesante sostener esta versión, que podía separar de nosotros a tantas masas puras y demasiado ingenuas. Pero más quedó sin decir sobre la consideración que había de merecernos la boina roja como frecuente cobertura de intenciones reaccionarias, especialmente en el ámbito de lo social y en aquellos otros en los cuales la invocación de lo religioso era sólo un pretexto para desarmar y reducir a indigna servidumbre el Estado español.

Ahora bien; por muchas exclusiones personales que se quisieran hacer, nunca creemos que en la auténtica entraña de la juventud carlista se haya creído «de verdad» que el equívoco sobre nuestra posición naciese de otra cosa que del intento de ahogar la revolución social profunda—de pura raíz cristiana y de absoluta necesidad actual—que la Falange propugnaba, sin desdeñar ciertas formas polémicas—las estrictamente justas—del enemigo. Que ya conocemos como estupidez y hasta como herejía la pretensión de considerar al enemigo como «el mal absoluto», y ya sabemos también en el orden práctico cuál era lo específicamente rojo de los rojos, por cuya extirpación sincera mostraban nuestros deformadores un celo mucho menos urgente.

De otra parte, haciendo también los numerosos reproches o denuncias necesarios, nadie entre nosotros sospechaba que el tradicionalismo fuera «de por sí» una actitud reaccionaria, defensora del capitalismo, asaltada por los tópicos «contrarrevolucionarios», ni prisionera de las máquinas de refrigeración del catolicismo que todos hemos conocido.

Pero lo cierto es que el silencio ha cultivado el doble equívoco, que es hora de romper, por encima de la obstinación aisladora de los fantasmas ilustres y de los empresarios de verdades eternas.

El tradicionalismo, tal como se nos revela en la actitud de estos espléndidos jóvenes—siempre más próximos a nuestra profunda desazón que los más allegados de otras generaciones—, no puede ser, no es sino un esfuerzo por traer intactas a la coyuntura de nuestro tiempo las formas y virtudes de la grandeza española, eclipsada por la traición. Su credo no ha tenido articulación en nuestro tiempo ni la necesitaba en rigor. Es un credo elemental y profundo, más representable en la vivencia sentimental con que lo han heredado los carlistas que en cualquiera de los polémicos cifrados intelectuales del siglo XIX. Sus dogmas «verdaderos» no contradicen a los nuestros. Las simulaciones adjetivas y personalísimas levantadas para explicar esos dogmas, sí. Pero ¿son aquéllas o éstas las banderas de combate del Requeté? Sostener la unidad religiosa de España e «incorporar» a la obra social y política el sentido católico—que no es enajenar un poder autónomo a otro de muy distinta área y naturaleza—; desmontar el sistema capitalista para ajustar la sociedad y su economía a formas más cristianas, más tradicionales y más eficaces, a formas de mayor armonía y solidaridad, a formas sindicales o corporativas; devolver a la Patria su plenitud, dentro como comunidad, fuera como empresa de poderío; afirmar la unidad de mando con su consecuencia de efectividad aristocrática—aristocracia funcional, heroica, mere-

## Discurso de D. José Félix Huerta

La Comisión organizadora hubiera deseado que unos taquígrafos hubiesen asistido al acto solemne del domingo primero de este mes; pero este deseo no pudo tener realización. Para conservar, en lo posible, el recuerdo puntual de parte de lo que se dijo en el Salón de Actos de nuestro Ayuntamiento, hemos rogado a nuestro paisano D. José Félix Huerta que nos diese unas notas acerca de su propio discurso.

He aquí la respuesta del Sr. Huerta:

«Me piden con afectuosa insistencia mis queridos amigos de la Comisión organizadora del homenaje que nuestro Alcalá celebró el día 1 de junio unos apuntes que permitan reproducir las palabras que pronuncié en dicho acto, que a tan honda e imborrable gratitud me obliga. No puedo negarme a tan amable requerimiento. Porque un ruego de los buenos alcalaínos es para mí un mandato.

Pero es sobremañera difícil que unos días después de pronunciar un discurso pueda quien lo dijo repetir, ni aproximadamente, lo que, influido por la emoción del momento, acertó a expresar mejor o peor. Hay oradores—como el célebre gobernante francés Mr. Poincaré—que escriben íntegramente su discurso en la soledad y silencio de su despacho, y sin variar ni una coma, saben recitarlo después ante la más apasionada asamblea con la memoria más fiel y portentosa. Hay otros oradores—y este es el tipo más generalizado, incluso entre los grandes políticos de hoy—que llevan también escrito su discurso y colocan las cuartillas al alcance de sus ojos y lo pronuncian como si no fuese leído, para evitar lo monotonía inevitable de toda lectura. Los dos procedimientos tienen sus ventajas; pero para emplear el primero hay que tener una memoria a lo Menéndez y Pelayo. El segundo sólo es recomendable en los casos de verdadera y excepcional importancia, y aun entonces, no podrá sustituir con ventaja al que siempre utilizaron los grandes oradores, desde Demóstenes hasta Maura, poniendo el alma entera en lo que di-

cen, y llevados, unas veces, de lo que previamente pensaron y meditaron largamente, y otras, de la fecundísima y arrebatadora improvisación. Seguramente, los párrafos de mayor elocuencia son siempre improvisados. En ellos colabora, indudablemente, el auditorio con sus aplausos y su aprobación. Y llega a establecerse así entre el orador y quienes le oyen tal comunidad de pensamiento y de aspiraciones, que todos los concurrentes parecen hablar por los labios del que realmente habla. Bien se dan cuenta de la exactitud de lo que afirmo los que tuvieron la fortuna de haber oído a don Antonio Maura en su famoso discurso de la Plaza de Toros, en Madrid, durante la otra guerra. Maura, asistido por un público fervoroso, llegó aquel día a lo más a que pueden aspirar un orador y un patriota: a ser la voz de un pueblo.

Salvadas todas las enormes distancias, ¿acerté yo a serlo entre vosotros la otra tarde? ¿Tuve la suerte de que os pareciese oír la voz de nuestro queridísimo Alcalá en la humilde voz mía? Porque de lo que no puede dudarse es de que el acto del 1 de junio era un acto, ante todo, de afirmación alcalaína. La gratitud nos obligaba a él, pero también el deseo ardiente de mantener viva una tradición de oro. Alcalá quiere recobrar en la Historia su rango antiguo e intervenir en las empresas universales con aquel carácter suyo, inconfundible, del siglo XVI, y que yo calificaba de universal, o, lo que es lo mismo, de católico. Alcalá tiene—lo he repetido en muchas ocasiones—en la formación de nuestro magnífico idioma, en la lucha contra la Reforma protestante, en la creación de un pensamiento propio, españolísimo, y en haber señalado a nuestra Patria, con Cisneros, el *único camino de salvación*, un lugar tan alto e inaccesible, que no puede haber un solo español auténtico que al considerarlo no sienta escalofríos de intensa emoción patriótica. Alcalá es

—que no lo dude nadie—una ciudad sagrada, morada del espíritu, guardadora de las más puras esencias de la hispanidad, santo lugar de nuestra raza. A ella hay que volver en los momentos críticos y angustiosos, seguros de que, inspirándose en su larga tradición de siglos, ella volverá a indicarnos la senda de la verdad, de la justicia y de la única gloria que los españoles hemos anhelado siempre. Inspirándome en esa tradición gloriosísima, sintiéndome amparado con la presencia augusta e invisible de todos los grandes alcalaínos que nos precedieron—y ninguna otra ciudad de la Península puede presentar una tan larga e inmortal teoría de grandes españoles—, influido por el ambiente único de nuestro Alcalá—nombre de resonancias tan vastas como el mundo—, y por el hecho, para mí particularmente conmovedor, de hallarme entre mis paisanos y delante de algunos españoles egregios, a los que quiero entrañablemente y admiro con la mayor devoción—entre ellos D. Alfonso Peña, los generales Saliquet, Millán Astray y Utrilla, con mi fraternal amigo el coronel Tarduchi—, inspirado por todo ello, digo, me permití lanzar la idea con que terminé mi discurso: la de que sea Alcalá la primera ciudad de España que pida a nuestro gran Caudillo que tienda su limpia espada vencedora entre los contendientes y proponga una mediación, de acuerdo con la Santa Sede, con Portugal y con los veinte pueblos descubiertos, amados y civilizados por esta gran nación española. Que sea España, nuestra Santa España—el pueblo, como decía el autor de los *Heterodoxos*, que con más títulos puede creerse elegido por Dios para ser brazo y espada suyos sobre la tierra—, la que se sacrifique una vez más por la causa eterna que siempre ha defendido y devuelva a la angustiada humanidad los beneficios de la dulce paz, fecunda y alegre. Que sea nuestro providencial Caudillo, salvador

nuestra Patria agonizante, el que salve también al mundo de hoy en agonía y evite los peligros con que una temible prolongación de la contienda amenaza a nuestra civilización, a esta civilización cristiana que tanto debe a nuestra gran España, como que en grandísima parte, es obra suya. Que sea, finalmente, nuestro Caudillo Franco—si por su mediación se lograra poner término al conflicto—el que contribuya con su arbitraje, en la futura Conferencia de la Paz, a que se asiente el orden magno que se anuncia sobre el amor, la generosidad y la justicia.

¿Es esto lo que dije, señores y amigos de la Comisión organizadora? Creo que fué algo aproximado; pero no son las palabras, sino los hechos, lo que importa. Ahora veremos cómo se convierten en hechos esas palabras de un alcalaíno obediente a la tradición de su ciudad.»

## Horas difíciles

La conflagración actual, que cada vez adquiere más intensidad y se extiende insospechadamente, ha creado al mundo, y muy especialmente a Europa, una serie de problemas que sólo podrán resolver los pueblos que antepongan a todo un fervor patriótico inusitado. Desgraciadamente, en España la lección pasada no ha sido lo suficiente para despertar la conciencia de gran número de españoles, cuyo exponente es el egoísmo, sin pensar que de prevalecer éste, sólo puede ser a costa de crear en su Patria una atmósfera de malestar que no merecen aquellos otros que todo lo ofrecieron por que sobreviviera. No sirve que la hipocresía cubra la máscara de que están revestidos; no es suficiente que en el sorteo geográfico del 18 de julio tuvieran la fortuna de estar en zona nacional; la persecución que hayan podido sufrir no les exime del deber patriótico; incluso haber perdido más de un familiar en nuestra gran tragedia, no es alegato bastante para que se desentiendan de los problemas que nos agobian. Todos cuantos habitan España, y de modo especial los que tienen la gran suerte de ser españoles, tienen el deber sagrado de facilitar en su labor a los hombres que nos gobiernan, abrumados de tantos sinsabores, haciendo con su desinterés y patriotismo que los problemas queden reducidos estrictamente a los imponderables, que únicamente la Divina Providencia es capaz de resolver. No hacerlo así, es traición de lesa patria, y si tienen conciencia y repasan las angustias y calamidades que sufrimos, seguro estoy que les repudiará su proceder, cuando en la soledad de sus confortables hogares y llenos de avaricia repasen sus intereses, que, día tras día, aumentan vertiginosamente, sin pensar que más rápidamente va decreciendo su condición moral, de la que algún día tendrán que dar cuenta.

No pueden llamarse españoles, y mucho menos católicos, toda esa gama de *estraperlistas* que, fiados en el mucho

cedora, nueva, renovable—, y aun desear la perpetuación histórica de esa unidad: todo esto es doctrina carlista y falangista.

A veces hemos dicho: La doctrina de la Falange es la actualización, la traslación a la experiencia del tiempo nuevo y los nuevos estados y las nuevas realidades sociales y políticas de la doctrina que mana de la tradición española.

Porque, ¿quién confundirá tradición—concepto dinámico y evolutivamente exigente—con restauración imposible de épocas pasadas, o sea con un «pastiche» histórico? ¿Y quién—más arteramente—tratará de vincular el triunfo de la tradición al de las formas económicas o conceptos de la propiedad nacidos de la revolución liberal?

En último término, repetimos, creemos que la generación nuestra tiene una misma sensibilidad, una misma desazón, y, sobre todo, una misma y próxima empresa que realizar. Que la dejen fundirse y entenderse y se verá cómo a la hora de la práctica no nacen tantas diferencias. Pero, claro es, habrá que excluir de esa inteligencia a quienes tienen segundas intenciones generales o personales, bien ajenas al escrupulo de fidelidad a su doctrina: a los defensores de intereses o a los que intenten secuestrarnos intolerables para la plena independencia, en su órbita, del Estado español.

No dudamos, que con otro lenguaje, es esto mismo lo que quieren sentir los jóvenes tradicionalistas. Huyan los que lean esto de las susceptibilidades o irritaciones puramente personales y aténganse a su emoción y a sus razones.

Y den los que pueden darlo el primer paso hacia un abrazo, que no será el de Vergara, sino el que dé a la tradición—vertida a otra dialéctica, a otra realidad y a otro estilo—el pleno triunfo de sus aspiraciones netas, profundas e irrenunciables. Y a sus hombres jóvenes, el orgullo de no haber sido sólo luchadores, sino también realizadores—con nosotros—de su viejo y heroico ideal. En todo caso, queremos hacer llegar desde nuestras columnas a los oficiales firmantes de este manifiesto el entero y fraternal saludo que corresponde a su propósito, sinceramente varonil y noble.

¡Arriba España!

De nuestro querido colega «Arriba».

quehacer de la autoridad en otro orden — hoy muy delicado y complejo —, que hace no puedan vigilarles estrechamente, llevan un malhumor precisamente a las clases más necesitadas, que por carecer de numerario tienen que pasarse sin lo más preciso para su permanencia en este mundo, tan lleno de zozobras en estas horas críticas, cuando más falta hace la solidaridad humana para hacer frente a las calamidades que depara la actual magnitud guerrera. Es vergonzoso que la autoridad tenga que dictar sanciones a aquellos que no quieren desprenderse de unos céntimos que permitan atender a tantísimas criaturitas necesitadas, que sólo están a merced de la caridad de sus semejantes, organizada y encauzada por el Estado en la magna obra de Auxilio Social, no dándose cuenta de que cuanto tienen se lo deben única y exclusivamente a nuestro Caudillo, que con la victoria restituyó los bienes materiales y espirituales de la Patria. Por ello, la mejor forma de pagarle en mínima parte cuanto le deben no es precisamente la que se desprende de su conducta, llena de materialismo estúpido, sino la de donar parte de su sobrante para sortear estos calamitosos tiempos, precursores de otros de grandeza insospechada.

Mientras llega ese venturoso día, ejercitemos la memoria para que podamos hacer la justicia que merece cada español por su actuación en los momentos difíciles, ya que no deben participar de las grandezas que Dios nos reserve y nuestros muertos labraron esas gentes turbias que van despojando miserablemente de sus propiedades a otras honradas, que tantas lágrimas vierten al tener que desprenderse de ellas para poder salir adelante en las horas difíciles. Para ello tengamos fresca la memoria y justipreciemos exactamente la situación económica de cada uno en 1936, llevando buena cuenta de quienes fácilmente van adquiriendo propiedades, que, en muchos casos, les delata su proceder, y que en un día no lejano tan difícil les será justificar, haciéndose entonces merecedores de que para ejemplaridad del resto de los españoles se les señale físicamente, previa restitución al Estado de cuantos bienes no tengan honrada justificación.

## Gran Hotel Restaurante CERVANTES de Valeriano Pastor

Se sirven banquetes y hay un servicio de Cubierto y Carta, donde el público encontrará gran esmero. Platos clásicos de la Cocina española.

¿LA CASA QUE  
MEJOR TRABAJA?  
TELEFONO 222

# COPLAS RIPIOSAS

## REPLICA

(Para la señorita Sara Cheznester.)

Distinguida señorita:

En YUGO Y FLECHAS he visto,

(crea que con sentimiento) que se había usted ofendido por un modesto trabajo, malo cual todos los míos.

Entre confuso y perplejo lo he leído y releído, y, francamente, no encuentro para su ofensa, motivo.

Soy ferviente admirador de todo ser femenino e incapaz de molestarlas ni en tocante a lo más mínimo, preciándome de galante y caballero cumplido.

Como que ya en la lactancia (no faltó quien me lo dijo) al ama que me crió me la largaba timitos, le decía chicoleos,

alababa su palmito

y hasta si se descuidaba

le propinaba un pellizco.

Eso a los dos o tres meses...

¡Conque vaya atando hilos!

De sabio no tengo nada.

Y de poeta, lo mismo,

pues emborronar cuartillas

con insulseces y ripios,

en puridad de verdad

no es para optar a ese título.

Y terminado el prefacio,

pórtico o peristilo,

prólogo o introducción,

vamos a ver si consigo

demostrarle, señorita,

cuyos fueron los motivos

de pergeñar los renglones

que tanto le han ofendido.

Los casos que me enumera,

creo convendrá conmigo

son casos excepcionales.

Todos son a cual más dignos

de respeto, admiración,

veneración y cariño.

El poder casarse a gusto,

teniendo un hogar tranquilo;

rechazarlo por cuidar al huérfano desvalido, es acción más que loable. Tener al padre anciano y para mejor cuidarle y no le falten los mimos no admitir un buen esposo, es hermoso sacrificio.

La honrada gentil doncella que pospone un buen partido al cuidado de su hermano, sacerdote virtuosísimo, y que con gozo inefable se desvela por servirlo, merece la admiración de todo ser bien nacido.

Creo que de acuerdo estamos, ¿no es así? Pues bien, prosigo.

Yo, a las que me refería en un sentido humorístico, siempre en broma, claro está,

nunca para zaherirlo,

las que rabian por casarse,

tocan todos los palillos

y ni con candil encuentran

quien quiera ser su marido.

Las que el matrimonio toman

no por muy sagrado vínculo

sino, cual *modus vivendi*,

como un empleo u oficio

en que apenas se trabaja

y se vive tan tranquilo.

Entre uno y otro caso

hay de por medio un abismo.

Y una vez, cual en los dramas,

queda todo esclarecido,

y el alegato interpuesto

tuvo aquí su finiquito,

no se enfade ni se ofenda...

dé mis *berzas* al olvido,

y si por desgracia mía

o torpeza al escribirlo

algo hubiere de molesto,

al instante lo retiro.

Aprovecho el incidente,

me postro a sus pies bellísimos

y un indulgente perdón

demanda humilde y contrito.

SIXTO CODURAS

## EL PUEBLÒ ESTA DE FIESTA

El pueblo se puso en fiesta,

gozando risa y contento;

de los arcones, las mozas

sacaron sus trajes nuevos.

Tan sólo se quedó una

sin algazara y contento,

pues entibió su alegría

la nueva de un amor muerto,

que ella confió, indiscreta,

a un hombre asaz traicionero

que no midió su palabra;

y, lanzándola a los vientos,

dijo del amor las cosas

que siempre secreto fueron

entre gentes bien nacidas

y en los justos caballeros.

De la noche a la mañana,

como pólvora en reguero,

corrió la infausta noticia

y súpola el padre viejo,

que a reparar esta falta

invitó al mozo al momento,

el cual contestó con mofas,

no respetándole al viejo,

que le juró por sus canas,

ya próximas a los muertos,

que su honra vengaría;

¡y fué el juramento cierto!,  
pues sacando una navaja

dió con el jaque en el suelo.

... ..

—Tú no llores, hija mía

—le decía el padre viejo—.

¡La deshonra de tu amor

limpia queda con mi acero!

... ..

Y así terminó aquel año

la alegre fiesta del pueblo.

LEONCIO PÉREZ MONREAL

## COSAS PASADAS

## RECUERDOS PRIMAVERALES

A pesar de su falsía y veleidades—que este año llegaron hasta después del «cuarenta de mayo», frío como el día de Navidad—, la primavera siempre ha tenido para los espíritus románticos y optimistas una atracción irresistible. Más de una vez han salido de mi pluma, elogios a la más bella estación del año; pero su fama, adquirida quizá por la influencia de la letra de molde, rara vez se ha confirmado en la realidad; y así, he pensado que los poetas hacen sus versos algunas veces por costumbre, con la misma inconsciencia con que los impresores fabrican las hojas del almanaque, que impasiblemente nos anuncian el cambio de estaciones.

Sin embargo, los corazones se ensanchan cuando, al sonar la alegre algarabía de las campanas de Resurrección, revive nuestro espíritu, regenerado por las meditaciones de Cuaresma, y de igual modo la materia, azuzada por el soplo vivificador de la suave primavera, renace, como toda la naturaleza, agobiada por las inclemencias del largo y tedioso invierno.

En las primaveras de hogaño no han sonado las campanas complutenses; y ahora, las torres, con sus ojos vacíos, parecen escrutar, tristes y silenciosas, el espacio de la anchurosa planicie alcalaína, que antes impregnaban con el armonioso concierto que salía de aquellas campanas, para nosotros tan familiares, alegres y bulliciosos en las fiestas, graves y solemnes en los atardeceres de noviembre, evocando a los que fueron.

Algunas veces las he contemplado de cerca y he leído las góticas inscripciones de sus copas, que me recordaban la época cisneriana, llena de gloria y esplendor. Desde allí arriba, de generación en generación, grababan en los fieles esa música tan grata que con tanto cariño recuerda al creyente los días venturosos de su infancia y las fiestas solemnes de su pueblo.

Por eso, nada más oportuno que aquella inscripción de una de ellas: «Jesus, autem, transiens per medium illorum ibat», aludiendo al paso invisible del sonido por entre nosotros, como pasó Nuestro Señor por entre sus enemigos a la salida de la sinagoga; y así, el sonido, poco a poco, va imbuyendo en nuestro espíritu de forma imperceptible lo que ya no se borra más. Y así, otra leyenda de aquellas campanas nos recordaba el poderoso imán del Señor de las alturas. He aquí, tal vez, el origen de su destrucción por los sordos de espíritu.

Modernamente, asistí con viva complacencia a la construcción de una nueva, que llegó a completar la hermosa colección que de ellas la Magistral poseía. No se emplearon para ello la complicada maquinaria de la industria moderna, sino las simples que emplearon quizá los artifices de la época cisneriana. En medio del huertecillo frontero a la Sala Capitular, un modesto artífice, sin más ingredientes que tierra virgen, claras de huevo, estiércol y un horno rudimentario, ayudó la fabricación de la campana en poco tiempo. Todas las tardes visitábamos los trabajos del compañero, que con su trashumante y simple industria había poblado multitud de campanarios castellanos.

De paso, admiraba con mi amigo, el doctor alcarreño, sabedor de tantas cosas alcalaínas, la reconstrucción, ésta más complicada y difícil, del órgano grande del coro. En la propia Sala Capitular, convertida en taller, un artista colocaba hábilmente los grandes tubos que luego habían de producir la gran variedad de voces, que, al resonar en las naves, transportaban el alma a las altas regiones. Después, en el sencillo y severo claustro, orlado de lilas olorosas, dejábamos correr la tarde en amable compañía de los prebendados, gozándonos con el próximo remate de aquellas obras, paseando so-

bre losas de latinas inscripciones, evocadoras de tanta grandeza que fué.

Cuando estuvo a punto el horno en el que hervían trozos de campanas viejas, deshechas a golpes por el atlético campanero, echamos en el recipiente unas pesetillas con el pueril deseo de afinar el sonido de la futura campana. Izada al poco tiempo en lo alto de la majestuosa torre, quise tañerla el día de su estreno, que fué el año último en que estuvieron presentes nuestras Santas Formas.

A media tarde subí con Atanasio el pintor y un carretero llamado Jacinto, que quisieron recordar sus tiempos de monaguillos.

Unos chicos encaramados en los arcos volteaban valientemente aquellas moles de bronce, y nosotros, los mayores, dirigidos por la sabia experiencia de un pequeño Plaza, servidor tradicional, como sus familiares, de la Magistral, golpeábamos los enormes badajos, formando estruendosa algarabía, cuyo eco hacía temblar la escalera de la torre.

Desde los amplios ventanales, la ciudad aparecía solitaria. Tan sólo en el claustro se veían unas personas cuya pequeñez me dió conciencia de nuestra insignificancia, y eso que yo, insignificante también, tan sólo estaba separado de la tierra unos cuantos metros.

Al salir la procesión, el sabio concertador de aquella orquesta dió la señal, y todas las campanas rompieron atronadoramente el silencio de la tarde primaveral.

En los «calderones», nuestros oídos percibían el suave rumor de los cantos de alabanza que subían del claustro, y todos sentíamos la grata emoción que siempre nos producía la fiesta mayor de nuestro pueblo, constreñida por la fuerza de las circunstancias de aquel año a celebrarse en lo íntimo.

Creímos que nunca más resonarían en las naves cisnerianas los dulces acordes del himno eucarístico, ni nunca más sonarían aquellas campanas; pero este año, por feliz iniciativa, los cánticos encontraron en las ruinas de la iglesia más espacio para volar a lo alto, y a falta de campanas, nuestros corazones vibraron con igual fuerza que ellas lo hicieron en los tiempos pasados.

Nuestra fiesta mayor, además de su sentido religioso, tenía el sabor de fiesta alcalaína por excelencia. Las muchachas estrenaban en ese día sus galas; las pollitas se ponían de largo; el teatro, como cosa extraordinaria, abría sus puertas para solaz de los entonces aficionados, no tan hartos como ahora de Talla; los alcalaínos ausentes venían a pasar unas horas con los suyos, y era grato ver caras de antiguos amigos que venían a reunirse con sus paisanos en fecha tan solemne.

Pasada esta fiesta, nosotros los estudiantes sentíamos una vaga tristeza. Cuando asomaba, al fin, la riente primavera, nos acordábamos que, como la cigarra el verano, nosotros habíamos perdido el invierno de un modo lastimoso.

Se aproximaban los exámenes y era imposible en pocos días recuperar lo holgado, y por eso, yo al menos, pretendía que la Santa Abogada de lo Imposible me ayudara en la difícil tarea de sacar un curso poco aprovechado, y asistía a la novena de las «monjas de palo» con apremiantes súplicas, avaladas solamente con mis buenos deseos de trabajo para el año próximo.

Asistía yo por aquel entonces a un colegio, ya desaparecido, instalado en amplio edificio, del que guardo, a pesar de mis fracasos académicos, un grato recuerdo.

Formaban el claustro sesudos varones de la ciudad, que alternaban sus profesiones con la de educar a aquella generación estudiantil. De Física y Química era profesor un conocido médico alcalaíno; de Literatura, un archivero, andaluz campechano y jocosos; de

Francés, un militar retirado, que completaba sus conocimientos de la lengua de Molière llegando en los veranos al puente internacional de Hendaya; de Latín, un joven sacerdote, hoy jesuita; de Agricultura, un maestro nacional, gran conocedor del campo, sobre todo del que veía cuando nos acompañaba en la fila los domingos, en nuestros paseos por las afueras de la ciudad, y así, otra serie de tipos, que nos transmitían su poca o mucha ciencia con orden, disciplina y constancia, elementos tan indispensables como la ciencia misma.

Constancia exagerada, sobre todo en el profesor de Matemáticas, terror del colegio, que me hizo repetir tres cursos la intrincada Geometría. Pero gracias a él puedo demostrar ahora «sin mirar al libro» la igualdad de los ángulos alternos-internos y por qué desde un punto exterior a una recta sólo se puede trazar a ésta una perpendicular, «y sólo una».

Todos ellos, buenas personas. Me guardaban, sin embargo, creía yo, una profunda «tirria», a mi juicio inmerecida, como lo era la fama que gozaba en aquel colegio, lo que me hacía ser objeto de censura y castigo de las faltas cometidas por la grey estudiantil, fuera o no culpable de ellas.

En la época de exámenes venía al colegio una comisión de catedráticos, que se limitaban a repartir las notas según la distribución que ya tenían hecha nuestros profesores. Alguna vez íbamos a Madrid a examinarnos, y esto lo prefería yo, pues esto nos permitía estar dos o tres días en la Corte de las Españas, alojados nada menos que en la Fonda del Comercio, en plena Puerta del Sol, junto al Café Colonial, desde donde iniciábamos nuestras correrías por las calles cercanas y desde donde veíamos caer la bola del reloj de Gobernación, espectáculo que, con la parada, siempre ha sido vivero de dichas para los pobres pueblerinos.

El cambio de ambiente no influyó en el resultado de los exámenes, pues nuestros profesores, con derecho a formar parte de los tribunales, imponían aquella fatídica lista, en la que yo ocupaba siempre los últimos lugares.

De este modo, al cabo de varios años recogí la más hermosa colección de suspensos que jamás estudiante alguno pudiera reunir. Alguna vez influía Santa Rita, y quizá deba a ella el magnífico notable, único en mi colección, que obtuve nada menos que en Psicología, Lógica y Ética, cosa extraña, pues de esta asignatura tenía y tengo tan sólo un vago recuerdo de su existencia. Sin embargo, yo, que he notado siempre alguna afición a las cosas de letras, y hasta escribía, en versos no muy malos, a las chicas, y colaboraba en la prensa local, no tengo en Literatura sino un modesto aprobado en septiembre, después del consabido suspenso de junio.

Con mis conocimientos psicológicos de ahora, supongo que tal vez lo recibí para aplacar mi vanidad en disciplina tan dada al desvarío como es la del cultivo de las bellas letras.

Si la Psicología es—según acabo de leer en un diccionario—la parte de filosofía que trata del alma, debo reconocer que mi éxito en la asignatura no era del todo una locura, puesto que yo en aquel curso me atrevía a discutir con el profesor, que a la vez lo era de Literatura. Para él lo más difícil era conocerse a sí mismo: «nozse te ipzum», como él decía con tono campanudo en su latín andaluzado; pero yo, ante las sonrisas de mis condiscípulos, afirmaba tan serio que no era lo difícil conocerse a sí mismo, sino conocer a los prójimos; y que lo difícil era reconocer nuestras faltas, sentir las, tener el valor de proclamarlas y por ellas juzgar con be-

nevolencia las acciones de los demás. También creía comprender—aunque en secreto—la repercusión que en mayo ejercían en las almas de hombres severos unos aguinados bien administrados en diciembre; y lo veía muy natural, porque yo me consideraba capaz de blandear mi voluntad ante una dádiva de turrónes, por ejemplo, que me gustan tanto, y más en una cosa tan simple e inocente como es la de dar sobresalientes a los hijos de los dadivosos.

El caso es que yo siempre era el que pagaba las culpas más y las ajenas. Todos mis amigos me recuerdan alguna vez cuando el revoltoso Fernandito B. me clavó en clase, sin querer, un pequeño cortaplumas. Cuando acudió el profesor y se enteró que yo era uno de los protagonistas de aquel incidente, me administró, sin más indagación, la más sonora bofetada pedagógica de las que he recibido en mi vida escolar.

Otra bofetada moral recibí poco después; pero de ella me compensó la noble conducta de su autor, el bueno de D. Felipe, profesor de Francés, apacible y suave de ordinario. Una tarde, al terminar la clase, notó la falta del llavín de su casa.

—¿Quién ha cogido mi llave?—preguntó. Todos, incluso él, me miraron, señalándome instintivamente por la fuerza de la costumbre. Don Felipe me sacó de mi asiento tirándome de la oreja.

—¡Dame la llave!—gritó.  
—No la tengo, D. Felipe—dije casi llorando para inspirarle lástima.

Pero D. Felipe, ante mis negativas, perdió su habitual mansedumbre, y dando muestras de mal genio, que a mí me parecía fingido, me castigó a estar de rodillas en el patio hasta que apareciese el malhadado llavín.

Llegó la noche y el llavín seguía sin aparecer y yo seguía de rodillas, por la sencilla razón de que yo no lo había visto.

Don Felipe hizo que le acompañase en busca de un cerrajero para poder entrar en su casa. Pero al llegar a la calle Mayor, mi profesor, al sacar el pañuelo, sacó también el llavín de lo profundo de su faltriquera.

Don Felipe se quedó pálido, luego se encendió como una grana, y después de darme un caramelo, me dijo humildemente con su amabilidad de costumbre:

—Perdona, Luisito, hijo mío, que sin pruebas y nada más que por vagas sospechas, te haya castigado y haya dudado de tus palabras. Perdóname, y al menos que esto te sirva a ti, como a mí me sirve desde ahora, para no juzgar al prójimo nada más que por las apariencias.

Me sentí con el suceso más alegre que unas pascuas, no sólo por el caramelo que le sirvió de epílogo, sino por la caritativa explicación, que me hizo sentir por mi maestro desde entonces un sincero afecto, y eso que, por no ser menos que sus compañeros, me atizó en aquel curso otro suspenso. Pero yo, bastante ducho, como ya saben mis lectores, en achaques de psicología, y aleccionado por el reciente consejo de mi profesor, no quise desentrañar la causa del *cate*, ni suponer, temerariamente, que era venganza, y me incliné a creer que si no me dió sobresaliente era para que no lo creyese una vil pelotilla hacia su alumno, injustamente agraviado antes, aunque una voz interior me decía—sin tener el valor de proclamarlo—que el suspenso era merecido, pues estaba lo que se dice *pez* completo en la asignatura.

Con todo esto, yo no dejaba de dar gracias a Dios al final del curso, y mi buena madre me llevaba a la novena de San Antonio, en las Claras, de cuya antigua Cofra-

día era fundadora. Me asombraba leer en las actas del viejo libro, entre otras, su firma con la letra característica e inconfundible de mi familia materna, estampada vigorosamente por la mano huesuda y temblorosa, que hace poco me acarició por última vez. Por este detalle siempre me he sentido atraído por esta época al convento.

En los días de la novena, mi espíritu infantil divagaba, apartándose del objeto principal de mi visita, y volvía la vista hacia aquellas misteriosas celosías, tras de cuyos cendales asomaban siluetas monjiles que con sus suaves cánticos me inundaban de dulce melancolía. No con los propósitos del atrevido Ceferino Sanjurjo, galanteador de la Hermana San Sulpicio, pero sí acuciado por la curiosidad que siempre inspiraron las clausuras, me hubiera gustado admirar de cerca el rostro, que yo me figuraba angelical, como su voz, de aquella monjita que año tras año unía sus plegarias a mis rezos. Pero bien sabe Dios que este mi deseo, ajeno a toda malicia, se acuciaba en la imposibilidad de ver de cerca un lugar vedado para el mundano, siquiera este fuera un insignificante estudiantillo de catorce años.

Destrozado el convento, siguió celebrándose la novena, pero no en la acogedora y bien cuidada capilla, sino en una habitación no muy amplia del capellán. Estos años no quise faltar, y asistí, pero no como cuando, dichosamente, iba acompañado de niño.

Echaba de menos la suave penumbra de la pequeña iglesia, los graves acentos del órgano, la voz atrayente de la monjita y su borrosa silueta tras la espesa celosía; pero nada de esto me hubiera obligado a sentir mi platónico deseo de cuando era chico. Yo estaba allí, en la forzada clausura, entre aquellas monjitas sin hábito, enlutadas, sin preocuparme siquiera de indagar quién fuera aquella de la voz argentina que los años harían desaparecer de su garganta. También había allí muchas señoras que por aquel entonces pedirían novio al Santo de las niñas, gentilidad tan absurda como la mía de atravesar la celosía del convento. A ellas y a mí nos parecerían ridículas esas cosillas que tan naturales se nos ofrecen en la juventud.

Este año, otra vez en clausura las monjitas, pero sin arreglar la iglesia todavía, la novena se ha celebrado en el locutorio alto. Solo yo entre las devotas, embargado por tristes pensamientos, dejaba volar mi imaginación por el campo de los recuerdos. En aquella recogida estancia, con su altarcito, que me recordaba nuestros juegos infantiles, la plática familiar del capellán, el suave susurro del rezo me transportaba por unos momentos a la dichosa infancia. A un lado, tras las rejas, estaban las monjitas, sumidas en la obscuridad misteriosa, aquellas monjitas que, contra su voluntad, vivieron el siglo en los tres años más azarosos de nuestra historia.

Por contraste, iluminaba la estancia la luz de una tarde radiante y esplendorosa. Volaban las chillonas golondrinas, se oía el rumor callejero de los chicos, que gozaban a sus anchas en libertad, chicos que luego hombres, habían de sentirse decepcionados por las desilusiones de la vida, que, como las mariposas, habían de quemarse en la engañosa luz mundana que a todos nos atrae y fascina.

Y mis ojos, como en los años de la infancia, desdeñaban la luz de los amplios ventanales y buscaban, tras las tupidas rejas del coro, un lugar de reposo y de paz.

LUIS MADRONA

## Una carta de D. José Utrera

Con motivo del nombramiento de Hijos adoptivos a los excelentísimos señores D. Alfonso Peña Boeuf y D. Andrés Saliquet Zumeta, y el de Hijo predilecto a D. José Félix Huerta Calopa, se recibieron numerosas adhesiones, entre las cuales destaca la del que fué Abad de nuestra Magistral, D. José Utrera, que por venir inspirada en términos de profundo cariño hacia Alcalá, pasamos a reproducir.

«Sr. D. Francisco Monsó... Mi querido amigo: Entreleo su nombre en el anónimo «Comisión organizadora del Homenaje», y a usted me dirijo para que haga llegar esta carta a los demás señores que la componen.»

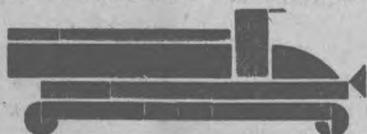
Por estar ausente de Madrid, no llego a mis manos con tiempo de disponer el viaje el atento saluda con que tuvieron la gentileza de invitarme al acto de entrega de los nombramientos de Hijos adoptivos a los Excmos. Sres. Ministros de Obras Públicas y Capitán General, y de Hijo predilecto de Alcalá a nuestro D. José Félix.

Huelga que les diga a ustedes la pena que me costó faltar al simpático acto, que tan finamente refleja la alcurnia espiritual de Alcalá. Hubo quien creyó que Alcalá había perdido su sensibilidad exquisita; y es que, sin duda, olvidó que las damas recatadas no exhiben sus virtudes en las tertulias livianas y vulgares, sino en las de tono noble y caballeresco. Fué necesario que nuestra Cruzada abriese esas tertulias al espíritu, para que el gran caballero alcalaíno don José Félix tomase del brazo a la dama de sus pensamientos, Alcalá, y la sacase al público torneo, para que luciese sus esclarecidos timbres de gloria y provocase en los corazones nobles justa indignación por el inexplicable olvido en que se la tuvo. Y ella, en un alarde de su proverbial hidalguía, ha sabido corresponder gentilmente a quienes la distinguieron y honraron.

Bien merecen los Excmos. Sres. Ministro de Obras Públicas y Capitán General, que tan exacta y justamente supieron valorar los títulos excepcionales, únicos de Alcalá, y han acudido con admiración y cariño a reparar injusticias pretéritas; y me reservo los apelativos que merece nuestro D. José Félix por haber puesto en conmoción las esferas para que, en medio del torbellino de reclamaciones de todos los ámbitos de España, resaltasen deslumbradoramente las glorias de Alcalá, descritas por él con pluma insuperable y caldeadas con el vivo fuego de su amor exaltado.

Alcalaíno por recio afecto, ya que no por naturaleza, aplaudo y me sumo con toda mi alma al legítimo homenaje rendido a tan insignes bienhechores de Alcalá.

A todos ustedes, y por ustedes a la ciudad, la expresión de mi entrañable afecto, José Utrera.»



Transportes por autocamión  
JOSE M. DORADO  
Plaza de San Juan de Dios, 1. Tel. 72  
ALCALÁ DE HENARES

Servicio diario a la Estación

## CONSIGNA

# Sobre el "modo de ser"

Entre las innumerables consignas que nos dejó dichas nuestro Jefe José Antonio como único testimonio de su paso por la vida, fué, recordemos, en aquel trascendental discurso de la Comedia, cuando nos dijo «que nuestro Movimiento no estaría del todo entendido si se creyera que es una manera de pensar tan sólo; no es una manera de pensar: es una manera de ser».

La grandeza que encierran estas textuales palabras del Fundador—todas ellas, como todas las suyas, llenas de un indescriptible orgullo falangista y de un patriotismo inigualable — pretendemos que lleguen también a inculcarse en esas mentes, pobres de comprensión algunas e ingenuas de conveniencias la más, poniendo al descubierto, si algún secreto encierra su definición, el significado exacto de la veta profunda sobre el «modo de ser».

No debemos proponernos sólo la construcción, la arquitectura política. Tenemos que adoptar ante la vida entera, en cada uno de nuestros actos, una actitud humana profunda y completa. Esa actitud es el espíritu de servicio y de sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida. Quiere esto decir que la profesión de falangista, al pertenecer al Partido único, no es mero accidente, al modo del paso o pertenencia a los antiguos partidos políticos demoliberales. La Falange eleva la categoría de la actividad política y del mismo modo la del militante. Por eso exige del mismo una entrega absoluta y permanente. No se es falangista en parte; ser falangista es adoptar una actitud total, profunda, no sólo ante los problemas políticos concretos del presente, sino ante la vida. Ser falangista supone modificar la personalidad hasta despojarla de toda añadidura y estorbo; y, así renovada, dotarla de una nueva manera de ser, de pensar y de comportarse. Por eso la Falange incluye una moral—no sólo una doctrina política de salvación nacional—y exige que el comportamiento de todos se adapte a ella, la realicen y cumplan exactamente. E incluye, asimismo,

un rito, una ordenación precisa de las manifestaciones externas.

Partiendo de ese «modo de ser» falangista, se exige y se espera de los militantes una transformación de la vida española en todos sus aspectos. No nos contentamos con un resurgimiento parcial; queremos un resurgimiento totalitario; y queremos, además, que todos los aspectos en que ese resurgir se manifieste lleven el sello falangista, el «estilo» nacido de un común modo de ser.

Pero ¿cuál es ese «modo de ser» falangista?

Queda dibujado en el concepto del hombre tantas veces expresado por el Fundador. Despojemos al hombre de todas las imperfecciones añadidas por la decadente civilización capitalista; reconciliémoslo consigo mismo—«unidad en el hombre»—, con los otros hombres de su Patria—«unidad entre los hombres de España»—; reconciliémoslo también con su contorno, con las cosas que lo rodean; hagamos que se incorpore a la tarea común de la Patria, y que esta incorporación sea poniendo en juego lo más original y puramente varonil, lo eterno humano, restaurando en él los viejos valores de gallardía, honor, sacrificio, hermandad, jerarquía; renazca el sentido de la obra colectiva y de la obra arriesgada—sentido de milicia—y vaya el hombre a todas estas cosas con sinceridad y limpieza de ánimo. Y vea en sí mismo y en los otros, no un factor económico o un factor político o un número deshumanizado en la complicada ordenación del Estado, sino el «portador de valores eternos», el hombre capaz de perderse o salvarse; pero también el miembro de la comunidad nacional, el miembro de una Patria que también realiza valores eternos y puede asimismo perderse o salvarse para Dios y para la Historia.

Y, finalmente, todas nuestras tareas de reconstrucción nacional, bajo todos sus aspectos—social, moral y político—, tienen que proyectarse sobre España bajo el signo de la urgencia: ¡Arriba España!

GOMEZ SAMPER

## Orden de 18 de mayo de 1941 por la que se da plazo para establecer un censo de los familiares de los caídos en defensa de España.

Ilmo. Sr.: Los postulados de justicia social que sirven de fundamento a la nueva España imponen la protección económica de las familias de los caídos en defensa de la Patria que han quedado desamparadas por no reunir las condiciones precisas para disfrutar pensiones de viudedad u orfandad. La resolución de este problema exige el previo conocimiento del volumen del mismo y de las circunstancias concurrentes en los interesados.

Por las razones expuestas, este Ministerio se ha servido disponer lo siguiente:

ARTÍCULO 1.º Los familiares de los caídos en defensa de España que carezcan de pensión concedida por cualquier otro concepto, podrán formular en el plazo de un mes, a partir de la fecha de promulgación de la presente Orden, la oportuna declaración ante la Delegación Regional del Trabajo que corresponda al lugar de su residencia habitual.

ART. 2.º Se extenderá la facultad concedida por el artículo anterior a las viudas, hijos menores de edad y padres sexagenarios o impedidos para el trabajo.

ART. 3.º La declaración deberá contener los siguientes datos: nombre, apellidos, profesión, estado, edad y domicilio de la persona que la presente; nombre del familiar caído por España y su parentesco con el declarante; número de hijos menores de edad a su cargo; bienes de fortuna o elementos de ingresos que disfruta; servicios prestados a la Patria por el familiar muerto.

ART. 4.º Las Delegaciones de Trabajo, una vez terminado el plazo señalado, promulgarán relaciones comprensivas de todas las declaraciones presentadas, que remitirán a la Dirección General de Previsión, conservando los originales a los efectos procedentes.

Madrid, 18 de mayo de 1941.—Benjumea Burin.

N. de la R.—Los modelos para la declaración que preceptúa la Orden anterior pueden recogerse en la Jefatura local de F. E. T. y de las J. O. N. S.

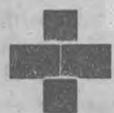
## ¡Patriotismo!

Para que sirva de ejemplo a aquellos que labran una fortuna con la miseria de los demás y las angustias de su Patria, reproducimos a continuación la contestación dada por D. Luis Lodos, teniente, mutilado, ciego absoluto, a la encuesta hecha por el semanario *¿Qué Pasa?*, titulada «Si le fuera posible elegir, ¿cuál servicio quisiera usted prestar a la Patria?»

Dice así:

El servicio que yo quisiera prestar a la Patria sería recobrar cien veces mis ojos para cien veces volvérselos a ofrecer en su defensa.

Sin comentarios.



## CRUZ ROJA ESPAÑOLA

ASAMBLEA LOCAL DE ALCALA DE HENARES

SERVICIO DE AMBULANCIA - Tarifa de precios mínimos:

Para cada servicio dentro de la localidad, QUINCE pesetas.-Para servicio fuera de la localidad, DOS pesetas por cada kilómetro de recorrido.

Para servirse de la Ambulancia, pueden llamar al teléfono número 2, o dirigirse al conductor de la misma, José Prieto, Cervantes, 1, segundo

## En Atienza

### Fiesta de confraternidad de Cofradías

Atendiendo a la delicada invitación que la antigua cofradía La Caballada hizo a la popularísima del Santísimo Cristo Universitario de los Doctrinos, de Alcalá de Henares, una representación de ésta acudió a Atienza en las fiestas de Pentecostés.

Los peregrinos llegaron al apeadero de Cantaperdiz el último día de mayo, y fueron recibidos por cofrades de La Caballada. Después de descansar, acompañados del culto sacerdote D. Julio de la Llana, párroco, visitaron la villa y sus monumentos, entre ellos las iglesias de San Juan, la Trinidad, San Gil, Santa María del Rey, San Bartolomé y la del Hospital.

Al siguiente día, domingo de Pentecostés, marcharon a la ermita de la Virgen de la Estrella, con gaitero, tamborilero, seises y abanderado, cofrades vestidos a la antigua y sobre caballos enjaezados. Seguían a corta distancia el Abad, prioste y mayordomo, cubiertos de amplias capas. Llegados a la ermita, salió la procesión con la Virgen de la Estrella, vivificando el célebre cuadro de Echevarría.

Antes de comenzar la Santa Misa, el secretario de los Doctrinos en vibrante discurso enalteció las gloriosas tradiciones de Atienza y de La Caballada, expuso los puntos de analogía que existen entre Atienza, Alcalá, las dos cofradías y las figuras de Cervantes y Cisneros y dichas poblaciones, e hizo entrega de los saludos que la noble ciudad de Alcalá hace a la heroica villa de Atienza y a su célebre cofradía.

Al ofertorio, el Sr. Sánchez Castañer, catedrático del Instituto Complutense, con clásica palabra ofreció los ramos de flores de Alcalá y los Doctrinos a la Virgen de la Estrella; y La Caballada hizo asimismo su secular ofrenda.

El señor párroco dió lectura a los oficios de salutación y las gracias a la cofradía de los Doctrinos, para ir a postrarse ante la Virgen de la Estrella, y comparó el acto de la ofrenda a la Virgen con el que se celebra todos los años al Apóstol Santiago en Compostela.

A continuación, dos señoras cofrades de los Doctrinos entregaron las flores a la Virgen, y el señor Abad comenzó la «explica» relatando la historia de La Caballada y su origen en la salvación del Rey Alfonso VIII por los arrieros de Atienza, disfrazándolo de recuero, y terminó con un saludo a la mujer española, que era la primera vez que figuraba en el refectorio en ese día.

Y tras unos esparcimientos honestos dióse por concluida la fiesta.

## NOTICIAS

Ha sido ascendido a Coronel nuestro querido amigo y Jefe del Regimiento de Caballería número 2 D. Luis Merlo, al que enviamos nuestra más cordial enhorabuena.

\*\*\*

Por la Corporación Municipal se ha procedido al bacheo de las calles de la ciudad que más lo necesitaban, reconstruyéndose totalmente la acera del Ayuntamiento, que ha quedado magníficamente. ¡Lástima que los recursos municipales no permitan la reparación de las restantes aceras y del pavimento de la población!

\*\*\*

Digna de elogio es la labor desarrollada por nuestro Abad, D. Francisco Herrero, al frente de la Parroquia, secundado infatigablemente por los demás sacerdotes, quienes se han rememorado otras fechas gloriosas de Alcalá, organizando una magna Comunión entre aquellos niños y niñas que estaban en la edad de hacerla y que por carecer de recursos hubo necesidad de dotarles de ropa adecuada para ello. Las damas de Acción Católica, incansables, pecharon resignadamente con la parte más amarga de tan hermosa fiesta, como es la de hacer una recaudación con qué hacer frente a los cuantiosos gastos que supone vestir a cerca de doscientos veinticinco niños y niñas, haciendo personalmente las prendas que llevaban. Como siempre, Alcalá ha sabido responder una vez más a tan hermoso acto, salvo excepciones contadísimas. Nuestro Excmo. Ayuntamiento obsequió con un bocadillo a todos cuantos hicieron la primera Comunión, dando todo género de facilidades para el mejor resultado de la fiesta.

Reciba el señor Abad y las dignas Autoridades la felicitación más entusiasta por la brillantez que revistió y por el desvelo que pusieron en una fiesta que tanto agradecen las clases necesitadas, tan poco acostumbradas a ello.

\*\*\*

Ha sido destinado al Ayuntamiento de Elche el secretario actual del de Alcalá, D. Mariano Valiente Gálvez, al cual enviamos nuestra felicitación por cumplirse un deseo suyo, lamentando por otra parte su marcha, dado el gran número de años que ha estado entre nosotros y la capacidad profesional de que está dotado.

\*\*\*

En Valladolid fueron inhumados el 13 del actual, en su mausoleo, los restos gloriosos de Onésimo Redondo, el que hizo vibrar a compás de su fe y de su ardor patriótico el alma de Castilla, interpretándola y moviéndola.

En el solemne acto pronunciaron emocionantes discursos los ministros de Trabajo, Agricultura y secretario del Partido.

## Balóncesto'

LICEO FRANCES, 22; S. D. A., 18.

El domingo, día 8, a las once de la mañana, se jugó un gran encuentro de balóncesto entre el Liceo Francés y la S. D. A. correspondiente al campeonato de Castilla. Digo gran encuentro porque, seguramente, fué el mejor de la temporada, y también el mejor que hizo la S. D. A. Se ponía en juego el título de campeón castellano.

Asistió el secretario de la Federación Centro, otras personalidades y mucho público.

Los equipos, al salir al campo, fueron recibidos con una gran ovación.

Comenzó el juego a gran velocidad, tardando en marcar. Esto fué debido a actuar ambas defensas magníficamente. El primero en hacerlo fué el Liceo al tirar una falta personal; y a continuación encestaron cuatro veces más antes de terminar el primer tiempo. En una jugada maravillosa, Real inauguró al marcador alcalaíno, haciéndolo después Jiménez, al tirar una falta personal. El primer tiempo terminó con el tanteo de 9 a 3 a favor del Liceo. Es digno de señalar que la S. D. A. tiró ocho faltas personales contra el Liceo y no coló ninguna.

La segunda parte, como cosa maravillosa y de asombro, haciendo juego de gran equipo. Calleja, Jiménez y Del Alamo consiguen empatar y aumentar en un punto el marcador a favor del Alcalá. El público comprendió las jugadas y les ovacionó. El Liceo hizo un juego pobre; pero antes de terminar, tuvo un poco de suerte y encestaron dos veces, con las cuales quedaron proclamados campeones de Castilla.

Mala suerte del Alcalá, pero se demostró que los del pueblo juegan.

El árbitro, muy bien. Alineó los equipos de la forma siguiente: S. D. A.: Jiménez (13), Calleja (3), Real (2), Del Alamo, Mínguez, Chicharro y Mata. Se destacaron todos; pero, en particular, la defensa.

Liceo Francés: Blanco (8), Riera (6), Barreno (4), Díaz Giles (3), A. Barreiro (1), Sicilia y Deleito. Se destacó la defensa.

Terminado el partido, el Liceo obsequió a la S. D. A. con un vino de honor.

S. D. A., 61; S. E. S. A., 7.

El jueves, en el campo de la Deportiva, se jugó un partido de balóncesto correspondiente al Campeonato de Castilla entre la S. D. A. y S. E. S. A.

Este partido sirvió de entrenamiento, pues sin esforzarse, pero haciendo los locales una exhibición de lo que es el balóncesto, consiguieron el escandaloso tanteo de 61 canastas contra 7.

La alineación del equipo vencedor fué la siguiente: Jiménez (25), Calleja (18), Del Alamo (10), Real (4), Mínguez (2), Mata (2) y Cruz.

La afición local quedó satisfecha de su equipo.

CESTO

**ALMENDRAS  
DE ALCALA**

**SALINAS**

**MARCA  
REGISTRADA**

FABRICA DE ALMENDRAS  
**MANUEL PASTOR**

Eras de San Isidro, número 7 TELEFONOS 172 y 128

**«LA ESQUINA»**

**Fiambres y Comestibles**  
Libreros, 7. Lucas del Campo, 1. Teléfono 113

**CASA CALLEJA. — Ferretería**  
GENERALISIMO FRANCO, 21. Teléfono 11

ALMACEN DE VINOS AL POR MAYOR  
**JOSE REVILLA DELGADO**

Vinos embotellados de todas clases. - Generalísimo Franco, 44

**BERNARDO ESTEBAN**

ARTICULOS EN GENERAL PARA  
ZAPATEROS Y GUARNICIONEROS

GENERALISIMO FRANCO, número 13

GRAN FABRICA DE QUESOS  
**LA ROSA DE LOS VIENTOS**  
(Marca registrada)

Cisneros, 13

**LA PERLA DEL MAR**  
**GRAN PESCADERIA**

de la

**Vda. de MIGUEL DEL HOYO**

Pescado fresco del día. — Especialidad en Mariscos.

Generalísimo Franco, 17 y Carmen, 1. - Teléf. 141  
**ALCALA DE HENARES**

**SALDAÑA**

REPARACION DE AUTOMOVILES  
Y MAQUINARIA EN GENERAL

Carretera de Guadalajara

**DROGUERIA Y PERFUMERIA**  
**HUERTA**

LUCAS DEL CAMPO, 2

CAFE — BAR — CERVECERIA  
**JUSTO MOLINA**

Plaza Mayor, 29. — Teléfono 76

**“EL ARCA DE NOE”**

Sastrería y Novedades

**JACOBO GORDO**

Generalísimo Franco, 6. - Alcalá de Henares

DISPONIBLE

**IMPRESA  
DE LOS  
TALLERES PENITENCIARIOS DE ALCALA**